

XX Certamen Juvenil Cuentos de Navidad 2010

“Hermosos ojos tristes”

3º premio
Segunda categoría
12-14 años



Centro de
iniciativas y recursos
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

Hermostes gis grises

Me encuentro sentada sobre la alfombra, frente a la biblioteca del estudio de mi casa, admirando la cantidad de libros alineados y colocados en cada estante del mueble. Siento las ganas de leer cada uno de ellos y de descubrir las historias, tal vez olvidadas que guardan sus páginas. Sin embargo, no me decido a escoger uno de ellos y realizar así mi propósito. Entonces, aturdida por tantos títulos y por los coloridos lomos que los albergan, me levanto y me acerco a la ventana, a través de la cual puedo vislumbrar como la luz que emiten las farolas, solitarias e inertes, deja advertir pequeños fragmentos de hielo que parecen tomar con sutileza los colores que proyecta en ellos la iluminación navideña que reina en las calles.

Hoy la mayoría de la gente se encuentra en los centros comerciales con el fin de ultimar sus compras para que la esperada Nochebuena sea tan maravillosa como todos los años. Entre esa marea de gente se encuentran mis padres, buscando regalos para entregarlos, en un día tan señalado, a la familia, la cual se reúne en torno a una gran mesa para comer, reír, charlar, contar las mismas anécdotas año tras año y otras encantadoras actividades.

No sé si os habréis percatado de que me expreso con cierto tono sarcástico, pero es que me gusta llevar la contraria y criticar aquello que adoran numerosa personas. Soy un bicho raro. Digo esto, porque además resulta que tengo una cualidad, un poder o como queráis llamarlo. La verdad es que no contribuye a nada, ni lo utilizo con ningún fin en especial, salvo el de crearme enemigos. Aunque he de recordar una ocasión en la que evité la muerte de la gata de mi vecina; se llamaba Artemisa, haciendo honor a la diosa de la caza, y era querida por todos los componentes de la comunidad de vecinos, pero como siempre hay excepciones, el vecino de cuarto, un ser reñido con la humanidad y de firmes principios, opinaba que el animal no podía corretear a su gusto por el edificio, además la acusaba de orinar en su felpudo y de esparcir su pelaje por las escaleras. Por

estas razones había ideado envenenarla, y ahí es donde aparezco yo, que impedi dicho suceso. Sinceramente no sirvió de mucho, porque Artemisa murió de vieja pocos meses después.

Todavía no he desvelado mi secreto y seguro que deseáis conocerlo; escuchad pues: se lo que pasa por vuestras mentes y lo escucho y lo descubro y no puedes evitarlo, ni detenerme ante la puerta que blindo vuestros secretos. Puedo leer vuestras mentes. Emocionante ¿verdad?, aunque no lo es tanto cuando salgo a la calle y a cada paso que doy no distingo entre lo que de verdad perciben mis oídos y aquello que puedo escuchar más allá de lo real, lo razonable, lo lógico. Pero sin duda, lo peor llega cuando estoy en mi aula de tercero de la ESO, junto a personajes, que se dedican a burlarse y a crear equivocadas opiniones sobre personas que no les siguen el juego.

A veces desearía ser como esos que tienen el poder de imponer su personalidad en los demás, quizás porque así todo sería más fácil y me sentiría segura y con fuerzas para enfrentarme a cualquiera que se pusiese en mi camino, pero en muchas otras ocasiones pienso que, ser así, sería como convertirse en un clon sin personalidad, que daría todo por ser popular o pertenecer a un grupo de “mejores amigas para siempre”.

Seguramente os esté aburriendo con tanto discurso moralista sobre lo bueno y lo malo, pero con catorce años se tiene la tendencia de dividir los hechos que tienen lugar en nuestra vida entre estos dos grupos tan reducidos. Además, yo no quería contaros mis vivencias adolescentes, lo que realmente quería relatar es cómo veo yo la Navidad, y si ya me conocéis un poco, podréis imaginar que mi punto de vista es bastante negativo, ya que la imagen que tengo de esta época del año se encuentra alejada de esa felicidad de la que habla todo el mundo, de esas bandejas repletas de mazapán, turrónes diversos y bombones; de esos grandes adornos, luces, serpentinas y demás abalorios que cubren a un abeto de plástico, que pierde sus falsas púas, quizás por la impresión que le causa

verse ataviado con tal disfraz; de esas interminables cenas familiares; de esas sonrisas falsas que ocultan un realidad muy diferente.

Me encanta la ironía, aunque no sepa construirla de un modo certero, dada mi juventud. Recapitulando, mañana es Nochebuena y mis padres y yo iremos a cenar, como cada año, a casa de los abuelos para encontrarnos con toda la familia, aunque este año habrá unos invitados de honor, unos parientes que viven en Toledo y siempre tienen una excusa para no venir de visita, pero este año, y muy a su pesar, no se librarán, como tampoco nos libraremos todos los demás de escuchar de nuevo las historias del viejo y afable tío Arturo, que a su edad todavía posee un insaciable afán de protagonismo.

Llaman a la puerta, son mis padres que vuelve de hacer sus compras. Parecen contentos y animados, pero en realidad piensan: -¡Qué estrés! Por favor, hacer tanta cola por una dichosa cena, con lo fácil que es hacerse un huevo frito o una ensalada y dejarse de tantas formalidades. Y esto no es nada comparado con lo que puedo escuchar durante la celebración. Aunque en el fondo me divierte, me doy cuenta de la falsedad de todo lo que hacemos y de que, en realidad, no podemos aplicar el significado de la palabra felicidad a muchos actos de nuestra vida. Incluso, ni siquiera podemos asegurar que exista. Yo soy de la opinión de que es un sentimiento que aparece y se esfuma sin darte tiempo a cogerle cariño. En el fondo, es como los viernes, los esperas con impaciencia y cuando llegan no sabes cómo disfrutarlos. Bueno, creo que voy dejar, por hoy, de meterme en terrenos pantanosos que mi conocimiento, o más bien, la carencia de él, no me permite explicar y os voy a dejar en paz, aunque prepararos para el gran día.

Es 24 de Diciembre y la puerta se abre y veo como una forma sale de las sombras y se abalanza sobre mí besuqueando mi mejilla. Es mi madre con sus interminables besos de “es hora de levantarse”. A partir de este momento imaginad que el reloj se vuelve loco y pasa de las diez y media de la mañana hasta las nueve de la noche, porque contaros un

día entero de estrés, papel de regalo, recetas de cocina y ropa elegante, sería realmente aburrido. Pensad que ya estoy por arte de magia frente a mi abuela que me dice: -Hay que ver cómo has crecido, estás hecha una moza, si te dejases el pelo largo y te pusieses un vestido estarías guapísima. Pero, en realidad, piensa que cómo puedo llevar estas trazas, con estos pantalones caídos, estos pelos y esta americana. Parezco más un chico, desaliñado y sin estilo.

Yo respondo, como siempre:-Yo también te quiero abuela. Luego llegan mi abuelo y una recua de personas que me abrazan y me cogen del moflete como si aún tuviese cinco años, aunque la verdad no estaría mal volver a tenerlos, para escapar de la condenada adolescencia .

Nos sentamos a la mesa, a mí me toca en el lado de los niños, es decir, con mis primos, con los que siempre me acabo riendo, aunque este año hay una novedad ¿ recordáis a esos parientes de Toledo?, pues, bien, tienen una hija de mi edad y está justo a mi lado. Es alta y esbelta; posee una piel pálida y delicada , el pelo pajizo, largo y lacio y unos llamativos ojos grises. Viste un vestido ligeramente escotado que le llega por la rodilla, medias negras y unas bailarinas con un lacito blanco en la puntera. Es todo lo contrario a mí. No pronuncia palabra y escruta cada rincón de la sala con sus grandes ojos. Mi abuela la observa fascinada imaginándome vestida a mí de una forma similar.

De repente, se gira y me mira, yo me asusto y bajo la vista, como si me hubieran pillado con las manos en la masa. Entonces me dice: -También opino como tú, parezco una boba sin conversación, pero no deberías decirlo tan alto; además, las apariencias engañan. Me quedo perpleja y respondo:-¿Cómo dices? . Yo no...”. Ella contesta malhumorada: -Ya estoy acostumbrada.

Pasan unos minutos y me disculpo por nada, ya que yo no había pronunciado palabra alguna. Eso sí, lo había pensado. ¡No puede ser! Me concentro e intento advertir lo que

pasa por su mente, pero no escucho nada. En cambio, percibo como todo el mundo miente y dice lo que los demás quieren escuchar, como ¡Qué delgada estás! o ¡Ese vestido te queda ideal!

Pese a todo, reacciono y empiezo a conversar con ella. Me dice que está muy lejos de ser lo que parece, pero que tiene que aparentar esa imagen de niña de colegio privado. Pasamos la noche hablando, alejadas de todo y de todos, sin casi probar bocado. Me resulta interesante la idea de que ella puede viajar por los entresijos de mi mente, mientras que yo me pierdo en sus ojos. ¡Qué extraño! Parece que la conozco desde siempre. Tras buscar de forma inconsciente a una persona con la que sentirme cómoda, parezco haberla encontrado y ahora no puedo más que rendirme a sus palabras, aunque me desconcierte que sea una persona como ella, en la que nunca me hubiese fijado.

Las horas pasan y la noche acaba, las botellas de cava descansan vacías sobre la mesa, las migas y los restos de comida están dispersos sobre el mantel y las conversaciones parecen llegar a su fin. La casa es grande y es demasiado tarde para que nos vayamos, así que se convierte de improviso en un curioso campamento. Ha sido una noche diferente a como la esperaba y no puedo dormir, ni siquiera cerrar los ojos. Ella está cerca de mí y sé que tampoco está durmiendo, pero no hace falta hablar, ella lee mis reflexiones mientras yo disfruto del silencio y de un merecido viernes, ese que como ya os he dicho aparece sin presentación y se va sin despedirse. Pero acabo por perder la conciencia y creo caer en los envolventes brazos del sueño y entonces pienso, ¿acaso he estado despierta en algún momento?

Llaman a la puerta y me descubro tumbada sobre la alfombra, con un libro entre las manos, la Metamorfosis. Son mis padres que vuelven de hacer sus compras. Sonríe y pienso que todos deberíamos vivir en un sueño en el que transformásemos nuestros miedos en una persona de profundos ojos grises



Centro de
iniciativas y recursos
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

www.cimainforma.es